

Martes 13

Por MARIA DE LOS ANGELES FASCE

(Lanús Oeste - Bs. As.)

Había intentado matarse. No, quería a su mujer, no tenía problemas económicos. No, nada de eso. Sólo había intentado matarse por aburrimiento, por curiosidad... ¿quién sabe? ... Bueno, en realidad no, no lo había intentado, fue sólo un pensamiento al abrir el cajón y ver el arma sonriéndole entre los papeles. El acero le enfrió las manos unos instantes, hasta que vio el calendario: lunes 12. Luego miró el reloj: el dos era sólo una pierna arrodillada, y el tres una panza saliente.

Guardó el revólver cuidadosamente. Su mujer le preguntaba si quería que le llevase el café al escritorio. Cerró la puerta de calle sin contestar.

Volvió a mirar el reloj: Tuesday 13. Siempre había sido supersticioso, pensó entonces que si la muerte tuviera que elegir un día para alcanzarlo, ese día no podía ser otro que el que empezaba en ese minuto. Sin embargo, decidió colaborar para que su muerte fuera absolutamente segura.

Esperó que todos los semáforos le mostraran un ojo verde para cruzar, muy lentamente las avenidas. Se pu-

so a dormir sobre las vías hasta que un guarda lo levantó de un brazo y lo subió al andén. Recorrió la ciudad buscando gatos negros (cuando al mediodía salió del Jardín Botánico ya había contado veintisiete). Entró a un bar pidió una ensalada y vació el salero sobre el mantel.

A partir de las tres de la tarde empezó a buscar escaleras de albañiles, advirtió que las obras en construcción no abundaban (se vio de repente como hacía treinta años, en Lanús, escapándose de su casa para ir a comer asado con los obreros, y a buscar piedras y arena para el jardín...), finalmente consiguió pasar por debajo de dos o tres.

Comenzaba a cansarse. Pasó delante de una paraguetería, estaba cerrada pero el dueño leía el diario detrás del mostrador. Golpeó. El señor levantó la vista incomodo y le hizo señas de que leyerá el cartel de la puerta: Abierto de 10 a 20.30 horas. Eran las nueve y cuarto, pero sacudiendo un billete consiguió que le abriera la puerta y le diera de mala gana un paraguas negro, (no se tomó el trabajo de preguntarle para qué necesitaba con

tanta urgencia un paraguas con semejante noche, volvió a cerrar la puerta y se puso los lentes).

Entró al mismo bar de la ensalada y abrió el paraguas varias veces ante las caras sorprendidas; esta vez, el dueño terminó empujándolo hasta la puerta.

Caminó lentamente. Estaba agotado. Eran las doce menos cuarto y sólo le faltaba cruzar la calle para estar en su casa. Con una última esperanza esperó que pasara un coche. El conductor frenó justo a tiempo, lo insultó y se alejó.

Miró el reloj: doce menos un minuto. Buscó las llaves en el bolsillo. No las encontró. Tocó entonces el tiribré como la noche anterior, como si nada hubiera pasado.

Su mujer le abrió la puerta sonriendo. El se dirigió al escritorio como de costumbre.

Luego fue un balazo en el medio de la espalda y su cara contra el suelo aplastando una sonrisa.

Ella guardó el revólver nuevamente en el cajón. Antes de salir arrancó la hoja del calendario.



LM2